

EL PENSAMIENTO ECONÓMICO DE SÉNECA

Por Eduardo Escartín González

ABSTRACT

En este artículo se da a conocer algunas ideas económicas del filósofo romano Lucio Anneo Séneca. Dichas ideas se han extraído de dos de sus obras *Epistolae morales ad Lucilium* y *De beneficiis*. Aunque este autor no pretendió escribir sobre economía (ni siquiera de lo que en aquella época se entendía como tal), de sus obras filosóficas se puede obtener unas ciertas concepciones que hoy se consideran pertenecientes al campo de la Economía. Básicamente, Séneca extrae los principios económicos realizando una introspección en el alma humana; es decir, se fija en las reacciones psicológicas de los hombres en sociedad ante hechos pertenecientes al ámbito económico.

Dejando aparte una clasificación de los bienes, de suerte que los que satisfacen directamente una necesidad confieren valor a los que sirven para producirlos, y que ofrece una definición de riqueza prácticamente idéntica a la de Adam Smith, lo que más destaca del pensamiento económico de Séneca es una teoría bastante completa del intercambio, en la que destacan los bienes inmateriales y en la que se distingue un intercambio simple: dar algo para recibir otra cosa; un intercambio especial: dar algo sin recibir nada a cambio, o sea, las donaciones; y un intercambio completo, o caso general que comprende a los dos anteriores.

1 INTRODUCCIÓN

Séneca es un filósofo muy estimado en España, de modo que sus obras son objeto de difusión y enseñanza, especialmente en la universitaria. Pero en las facultades de ciencias económicas no es fácil encontrar a este autor entre los que se tratan por su pensamiento económico. Posiblemente esto sea debido a que Schumpeter, en su famosa obra *Historia del análisis económico* pasó como un suspiro por las aportaciones romanas al pensamiento económico. Respecto al análisis económico, dice Schumpeter (ob., cit., p. 104) que hubo una «aportación, aún menor de los romanos» (en comparación a la de los griegos), y sólo cita, a escondidas en nota a pie de página, a un tal Julio Paulo.

Una de las excepciones, a la carencia de enseñanza universitaria del pensamiento económico romano, sea la facultad de Económicas de la Universidad de Sevilla, donde hace cinco años, y durante tres cursos, impartí la asignatura de Historia del Pensamiento Económico Español. Las clases empezaron precisamente por Séneca, de cuyas conferencias se deriva, sin apenas modificación sustancial, el presente artículo.

El impulso de estudiar a Séneca como autor de pensamiento económico se debe a la británica Marjorie Grice-Hutchinson, que acabó fijando su residencia en España y se dedicó a investigar sobre los pensadores antiguos en el campo de la Economía nacidos en la parte española de la Península Ibérica. Esta investigadora ejerció docencia en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Málaga, donde, en merecida recompensa, fue nombrada catedrática honoraria. Su labor también fue reconocida en el ámbito nacional al serle concedido el título de *Doctor honoris causa* por la Universidad Complutense de Madrid.

Grice-Hutchinson (1989, pp 27 y 28) en un par de páginas divulgó algunas ideas económicas de Séneca sacadas de sus obras *Epistolae morales ad Lucilium* y *De beneficiis*. De paso comenta que existe un excelente estudio sobre el pensamiento económico de Séneca realizado por el profesor Demetrio Iparraguirre: «Las ideas de Séneca sobre la actividad económica», en *Estudios de Deusto*, vol. XXIII, julio-diciembre 1975.

El breve estudio de Grice-Hutchinson sobre Séneca ya había sido publicado en *Andalucía en el pensamiento económico*, con el título «El pensamiento económico en Andalucía: del siglo I a finales del siglo XVIII», Editorial Arguval, Málaga, 1987. Más tarde volvería a publicarlo en *Ensayos sobre el pensamiento económico en España*, Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1995 (pp 96y 97).

Recogiendo el testigo ofrecido por Grice-Hutchinson afronté la lectura de las dos obras mencionadas de Séneca para realizar la conferencia sobre el pensamiento económico de este filósofo romano, e impartir las clases de Historia del Pensamiento Económico Español, a las que antes se ha aludido.

2 RESEÑA BIOGRÁFICA DE SÉNECA

Lucio Anneo Séneca nació en Córdoba hacia el año 3 de nuestra era y murió en Roma el año 65. Fue el segundo hijo de los tres que tuvo Marco Anneo Séneca, llamado el Retórico, siendo sus hermanos Marco Novato y Marco Mela. Procedía de una distinguida familia de origen romano de la gens Annaea que siglo y medio antes se había instalado en la Bética. Su padre, también nacido en Córdoba y perteneciente al orden ecuestre, había residido en Roma, donde perfeccionó sus estudios. Al regresar a su ciudad natal se casó con Helvia Albina, de ilustre y rico linaje jiennense, a quien su hijo Lucio Anneo dedicó un homenaje en su obra *Ad Helviam matrem de consolatione*.

Hacia el año 12 la familia se trasladó a Roma, donde el padre abrió una escuela de retórica en la que sus hijos iniciaron su educación. Posteriormente, Lucio recibiría enseñanzas de Fabiano Papirio, del estoico Atalo, de Metronax, de Demetrio el Cínico y del pitagórico Soción. Después, posiblemente influenciado por su padre o, quizás, movido por la ambición, dejó la filosofía para dedicarse a la abogacía, profesión que ejerció con éxito durante mucho tiempo.

Lucio Anneo, propenso a las enfermedades por su constitución endeble, vio deteriorada su salud al seguir una alimentación frugal de tipo vegetariano según prescribían algunas de las escuelas filosóficas cuyas enseñanzas seguía no sólo en espíritu, sino en la práctica. Los cuidados de su tía Marcia, que le atendía como a un hijo, y las recomendaciones paternas, para que adoptara una dieta variada y más sana, lograron restablecer transitoriamente la salud del joven Séneca, quien, no obstante, durante toda su vida siguió sufriendo enfermedades, hasta el punto de pensar en suicidarse en más de una ocasión; y si no lo hizo fue por consideración hacia su padre, pues éste no habría podido soportar tal actitud de su hijo (como él mismo confiesa en la *Epístola LXXVIII a Lucilio*).

En el año 29 decidió trasladarse a Egipto, donde el esposo de su tía, Cayo Galerio, era prefecto. Aprovechó su estancia en Egipto para viajar por el país (y otros del entorno) y para acudir a la escuela de Alejandría con el objeto de ampliar sus conocimientos, que luego plasmó en varios libros, como *Quaestiones naturales* (primero y único manual de física sobre ciencias naturales de la producción científica romana), *De Superstitione*, *De motu terrarum*, *De ritus et sacris aegyptiorum* y *De situ Indiae* (estos cuatro últimos desaparecidos).

Al regresar a Roma, en los años 34 y 35, obtuvo, por influencia de su familia, el cargo de cuestor y poco después fue elegido senador y se casó por primera vez. Alcanzó gran fama como orador en el Senado y también la enemistad del emperador Calígula, que se apreciaba de ser el mejor orador de su tiempo. Movidó por la envidia Calígula quiso ordenar su muerte en el año 37; pero una de sus concubinas le hizo desistir de tal idea, tras argumentarle que la tisis que, según parecía, padecía Séneca pronto se encargaría de quitarle la vida.

Séneca fue acusado en el año 41 (primero del reinado del emperador Claudio) por la emperatriz Mesalina de mantener relaciones adúlteras con Julia Livilla (hermana y amante del difunto Calígula y enemiga de Mesalina). Aunque el suceso fue oscuro, pues se rumoreó que la emperatriz, de conducta disoluta y lujuriosa, había pretendido en vano a Séneca entre sus numerosos amantes, lo cierto es que la acusación prosperó, el Senado condenó a muerte al filósofo cordobés, si bien el emperador Claudio le conmutó la pena por el destierro a la isla de Córcega, y Julia fue ejecutada.

Los ocho años de destierro acabaron con la entereza de ánimo de Séneca. Y, llevado de la añoranza, aun cuando aprovechó el tiempo para escribir, procuró por cualquier medio obtener el perdón y así poder regresar a Roma. A tal fin, después de repudiar Claudio a su tercera esposa Mesalina y poco antes de ordenar su ejecución, dirigió a Polibio un escrito, *Ad Polibium de consolatione*, donde pedía el perdón y adulaba al emperador y a su liberto. Polibio era un liberto de Claudio en quien éste delegaba tareas de gobierno (equivalentes a ministro). Se ha criticado a Séneca que se humillara de esta forma y ante un hombre de humilde cuna; pero Polibio era amigo de Séneca y hombre muy culto, filósofo y versado en Horacio y Virgilio.

En esta época de destierro escribió, además de las citadas obras dedicadas a su madre y a Polibio, *Ad Marciam de consolatione*, *De constantia sapientis*, *De providentia*, entre otros libros filosóficos, y, como poeta, sus tragedias (que influyeron durante el Renacimiento, sobre todo en Shakespeare): *Hercules furens* (Hércules furioso); *Troades* (Las troyanas); *Phoenissae* (Las fenicias); *Hercules Oetaeus* (Hércules del monte Eta); *Phaedra*; *Oedipus*; *Medea*; *Agameno*; y *Octavia* (esta última de paternidad discutida).

Séneca volvió a Roma gracias a que Agripina la Menor, recién casada en terceras nupcias con su tío Claudio, quien lo hacía por cuarta vez, intercedió por él ante su esposo, el emperador. De nuevo en la capital contrajo matrimonio con Pompeya Paulina (ignorándose si su anterior esposa había fallecido o había sido repudiada). Los emperadores le confiaron la educación de Nerón, hijo de Agripina y adoptado por Claudio. A partir de ese momento la ascensión de Séneca en dignidades y fortuna fue meteórica: se le nombró pretor y cónsul, y en pocos años acumuló riquezas valoradas en 500 millones de sesteracios, que dedicaba a comprar quintas por casi toda la Península itálica (incluso se llegó a decir que prestaba a usura), y a convidar a sus amigos a frugales comidas, pero servidas en vajilla de oro y en lujosas mesas de cedro.

Muerto Claudio (a manos de su esposa Agripina, que lo envenenó) y proclamado Nerón emperador el año 54, Séneca escribió para Nerón el elogio fúnebre que éste pronunció en las exequias del anterior emperador. Con este proceder se inició lo que, al cabo de los siglos, devendría en una costumbre: encargar a otros los discursos de los jefes de estado. Nerón, al mantener Séneca ascendiente sobre él, tuvo a su preceptor como uno de sus consejeros y confió en él para las tareas de gobierno. Séneca aprovechó la oportunidad de no correr peligro para vengarse de Claudio por el destierro escribiendo la mordaz sátira, que tuvo gran éxito: *Apocolocyntosis divi Claudii* (donde refiere la conversión del divino Claudio en calabaza).

Séneca siguió acrecentando su fortuna de forma tan escandalosa que fue tildado de codicioso, e incluso Publio Suilio le acusó públicamente de enriquecimiento fraudulento de unos trescientos millones de sesteracios en cuatro años. En represalia, Séneca consiguió la confiscación de los bienes y el destierro de Suilio. Pero no logró acallar la maledicencia ni evitar granjearse enemigos. Se llegó a sostener que Séneca fue uno de los que aconsejaron a Nerón el asesinato de su madre Agripina, el cual, en efecto, la mandó matar; y también se dijo que Séneca dictó al emperador el escrito que dirigió al Senado comunicando su versión sobre la muerte de su madre, según la cual ella había intentado matarle y, al no alcanzar su propósito, acto seguido se había suicidado.

Las insidias de los múltiples enemigos de Séneca acabaron por hacer mella en Nerón, que también dio muestras de sentirse incómodo ante el fastuoso género de vida de su preceptor. En el año 62, al percatarse de ello, Séneca decidió no soliviantar al emperador con

su conducta y le solicitó retirarse de la vida pública y donarle todos sus bienes; a la vez le suplicaba la asignación de una reducida renta vitalicia y el poder usar alguna de sus fincas de recreo. Nerón expresó abiertamente su afecto hacia Séneca; pero no aceptó la donación, pues el emperador no deseaba que tal hecho se interpretara como un acto de avaricia por su parte.

Séneca inició un retiro voluntario y refrenó drásticamente su modo de vida lujoso, ajustándolo a las prescripciones filosóficas que defendía, para no despertar envidias, y se dedicó a sus libros y a la escritura. Escribió sus obras *Epistolae morales ad Lucilium* y *De beneficiis*, terminó su *Quaestiones naturales* y revisó las tragedias.

En el año 65 varios senadores tramaron una conspiración contra el emperador dirigida por Cayo Calpurnio Pisón. Descubierta la conjura, salió a relucir el nombre de Séneca, pues uno de los conspiradores declaró haber visitado a Séneca para comunicarle una cita con Pisón. Nerón ordenó la muerte de todos los conjurados, incluyendo entre ellos a Séneca. Un tribuno, con varios soldados, se acercó a la villa de Séneca, que en esos momentos estaba con unos amigos, para interrogarle sobre su relación con la conjura. Séneca respondió que se había limitado a rechazar las visitas solicitadas por Pisón ya que sus achaques y su necesidad de reposo no le permitían mantenerlas. El tribuno comunicó esta noticia al emperador, y éste le preguntó si había notado en el rostro de Séneca el temor a la muerte. Así que la respuesta del tribuno fue negativa, Nerón ordenó al tribuno la muerte de Séneca, aunque éste podía elegir la forma de morir que quisiera. La sentencia debía cumplirse de inmediato por lo que Séneca no tuvo tiempo para hacer testamento. Al despedirse de su mujer, Pompeya Paulina quiso morir con él; deseo que aceptó Séneca para no dejarla expuesta a las iras del emperador. Ambos se cortaron las venas; pero, por lo enjuto que estaba, de los brazos de Séneca apenas salía sangre. Se cortó la de los pies, y ni aun así se desangraba lo suficiente para que le llegara pronto la muerte. Pompeya Paulina sobrevivió varios años a su esposo, pues como el emperador no tenía queja contra ella, los soldados mandaron a los domésticos de Séneca impedir su muerte.

3 LA FILOSOFÍA DE SÉNECA

Séneca nos recuerda (en la *Epíst. LXXXIX*, 4) que filosofía es el amor y anhelo de la sabiduría (φιλοζ = amigo, y σοφία = sabiduría) y que los grandes autores la dividieron en tres partes: la moral, que ordena el alma; la natural, que investiga la naturaleza; y la racional, que aprecia las propiedades y estructura de las palabras y los argumentos, para que no se tome lo falso por lo verdadero. Posteriormente, se le añadieron dos partes más, la civil y la económica (οικονομικην), o ciencia de administrar la hacienda familiar.

Una parte considerable de la obra de Séneca se inscribe en el campo de la filosofía. Pero las doctrinas filosóficas que había aprendido en su juventud no las llevó a la práctica en su madurez, dejándose llevar por algunos de los vicios, especialmente la codicia y la ostentación de la riqueza, que tanto proscribían las escuelas filosóficas. No obstante, los avatares de su

vida le enseñaron que debía regresar a la práctica de la virtud y predicar con el ejemplo; de modo que rescató lo más puro que todavía quedaba en él de sus antiguos estudios filosóficos y decidió dedicarse a la filosofía moral que plasmó en sus *Epístolas a Lucilio* (como él mismo dice en su *Epíst. CVI*).

Siendo un hombre crítico con todas las corrientes filosóficas, Séneca se identificó más con el estoicismo; pero de forma heterodoxa, ya que le incorporó sus propias apreciaciones personales (influenciadas por las doctrinas de otras escuelas, como el ascetismo, la supresión de los deseos y el desprecio por las riquezas que caracterizan a la escuela cínica; el ideal de amor por la humanidad y el disfrute de una vida sencilla con tranquilidad de ánimo que propugna la escuela epicúrea; y, en especial, la práctica de la virtud y de una vida en común de origen platónico).

El estoicismo de Séneca se aprecia por su reconocimiento hacia un género de vida acorde con la naturaleza. En ésta se pueden encontrar todas las normas que deben regir el comportamiento humano y que los hombres pueden aprehender a través de la razón, lo único que caracteriza al ser humano y lo distingue de los demás seres. Así, mediante la razón se puede llegar al bien, a la virtud y la honestidad; la razón enseña a aceptar las vicisitudes de la vida con espíritu tranquilo, con serenidad de ánimo y exención de pasiones y emociones. Siguiendo estas enseñanzas se pueden afrontar los azares de la fortuna con fortaleza de espíritu y en avenencia con la naturaleza.

La filosofía moral de Séneca contiene principios análogos a los de la doctrina cristiana; por ejemplo: contemplar la virtud como único bien (*Epíst. LXXI, 32 y XCVIII, 9*); considerar que no hay ningún hombre bueno sin Dios (*Epíst. XLI, 2*), pues el fin que tiene Dios es la bondad (*Epíst. LXV, 10*); erradicar del alma toda maldad, vivir con honestidad y despreciar los placeres y las riquezas (*Epíst. CIV, 20, 23 y 34*); ayudar al necesitado y compartir los bienes con los semejantes (*Epíst. XCV, 51*); llevar una vida en común con los demás hombres, repartiendo todo en concordia (*Epíst. XC, 38 y 40*) y dando sin esperanza de devolución (*De los Beneficios, Lib. I, VII y XIV*).

Del propio Séneca se puede extraer una glosa de sus ideas:

la filosofía [...] enseñó a respetar las cosas divinas, el amar a los hombres y que el imperio está en manos de los dioses, entre los hombres la comunidad de bienes, lo cual por algún tiempo permaneció inviolado, antes de que la avaricia destruyera la sociedad y fuese causa de su pobreza, incluso para los que hizo muy ricos. Pues dejaron de poseer las cosas en el momento que quisieronlas como propias.¹

Debido a la semejanza entre la filosofía moral de Séneca y la doctrina cristiana, hubo quien llegó a creer que Séneca y san Pablo se conocieron e intercambiaron correspondencia.

¹ Epístola XC, 2 a Lucilio, cuyo texto en latín es: "... philosophia ... Haec docuit colere divina, humana diligere et penes deos imperium esse, inter homines consortium, quod aliquandin inviolatum mansit, antequam societatem avaritia distrinxit et pauperatis causa etiam his, quos fecit locupletissimos."

San Jerónimo habla de 14 cartas y san Agustín no lo cuestionó. Es cierto que (durante el tiempo en que Séneca ya se había retirado de su vida política) san Pablo estuvo en Roma en el año 61 y en los siguientes hasta su muerte hacia el año 65 y también que estuvo en prisión bajo la custodia del pretoriano Burro, amigo de Séneca. Pero la investigación científica de tal creencia no ha superado la prueba de su demostración. Por tanto, debe suponerse que esa afirmación no es cierta y que más bien Jesucristo, cuyas enseñanzas seguía san Pablo, bebió en las mismas fuentes helenísticas que Séneca, pues todos esos principios, en los que descansa la doctrina cristiana, ya se encuentran en Sócrates, Demócrito, Zenón y Platón, entre otros filósofos griegos.

Por otra parte el celo hispanista de algunos autores ha creído ver en la consideración por parte de Séneca de un hombre fuerte (*vir fortis*), como el mencionado en la *Epíst. XXII*, 7, que rehuye la fatiga y cuyo ánimo se crece ante las dificultades, un rasgo eminentemente español en la personalidad de Séneca. Sin embargo, hay que tener en cuenta que Séneca sólo nació en la península Ibérica, y que su ascendencia era romana, que se educó en Roma, se dedicó al ejercicio de la abogacía y de la política en la capital del imperio y vivió como un auténtico romano. Por consiguiente, Séneca fue romano hasta la médula y únicamente nuestra inclinación a reconocer como propio a cuantos hombres ilustres nacieron en territorio de lo que hoy es España (o prestaron sus servicios a ella) es lo que nos lleva a considerar a Séneca, o su pensamiento, como español.

4 EL MÉTODO

Puesto que lo característico del hombre es la razón, por la cual se diferencia del resto de los animales y se asemeja a los dioses² y es a través de ella como se llega al conocimiento, de forma que “todas las cosas deben regularse según la razón” (*Epíst.*, XCIX, 18), no es de extrañar que Séneca emplee el razonamiento para extraer conclusiones y para efectuar demostraciones. Según él (*Epíst.*, XCV, 61) algunas cosas son evidentes y otras oscuras. Las evidentes son captadas por los sentidos; pero la razón no se conforma con ello, su mejor labor consiste en llegar a captar las oscuras. Para lo cual se necesitan las demostraciones, esto es deducir la verdad partiendo de unos principios mediante argumentos.

Éste es un método deductivo, que, en efecto, Séneca emplea continuamente. Pero, como hombre culto, a menudo recurre a ilustrar sus deducciones para (como él dice en *De los beneficios*, Lib. VII; IV) “confirmar con ejemplos la cuestión que nos ocupa” y a exponer las ideas y los argumentos de otros autores, unas veces para aceptarlos y la mayor parte de ellas para criticarlos. También reconoce la importancia del método inductivo, pues (en la *Epíst.*,

² *Epíst.*, LXXVI, 9: “¿Qué es lo mejor en el hombre? La razón; con esta aventaja a los animales y sigue a los dioses.” *Epíst.*, XCII, 27: “la razón es común a los dioses y a los hombres.”

CXX, 4) dice que en la naturaleza se encuentra el germen de la ciencia y que la noción de las cosas se consigue por la observación de lo que sucede con frecuencia.

Así pues, podemos concluir que el método de Séneca es una mezcla de inducción y deducción, no exento de corroboración con ejemplos históricos.

Pero, en lo que afecta al hombre, Séneca (*Epíst.*, CXXI, 3) investiga la naturaleza humana para saber qué es lo que más le conviene al hombre y qué debe evitar, así como cuál es el móvil de sus acciones. Por tanto, en lo concerniente a las cosas humanas, como es el caso de las cuestiones económicas, emplea también el método psicológico de la introspección en el alma humana, y, en efecto, sus sentencias demuestran tener un gran conocimiento de la psicología humana, como se aprecia en las siguientes frases: “si quieres enriquecer a Pítoles, no debes añadirle riquezas, sino alejarle de su deseo” (aunque esta sentencia es de Epicuro, Séneca la cita en la *Epíst.*, XXI, 7); “Una deuda ligera hace un deudor; una grande, un enemigo” (*Epíst.*, XIX, 11); “a los más les hacemos ingratos nosotros mismos [...] dándoles en rostro con el bien que les hicimos y exigiéndoles las tornas” (*De los beneficios*, Lib. I; I); “nadie devuelve de buen grado lo que debe de mala gana” (*De los beneficios*, Lib. VI; XLI).

Como este último método fue utilizado por Carl Menger y sus seguidores de la Escuela austríaca, y, en algunos aspectos, sus resultados se asemejan a los que, según comprobaremos más adelante, obtuvo Séneca, podríamos considerar a éste como un precursor de la Escuela psicológica de Viena, así como que Menger debió inspirarse en las lecturas de este gran filósofo romano.

5 LA ECONOMÍA EN SÉNECA

Séneca fue ante todo un filósofo y, aunque una parte de la filosofía era la económica, en sus escritos no se dedica directamente al estudio de la economía, sino al de las tres primeras partes de la filosofía; en especial consideró la moral, que Séneca subdivide a su vez en tres partes (según manifiesta en la *Epíst.* LXXXIX, 14): la primera el estudio de dar a cada uno lo suyo y apreciar el valor de las cosas; la segunda trata de los impulsos o deseos; y la tercera versa sobre los actos. Porque lo primero es juzgar cuánto vale una cosa; lo segundo ordenar y moderar el impulso hacia ellas; y lo tercero, que haya armonía entre los deseos y los actos. Así pues, como persona de vasta cultura, Séneca toca multitud de cuestiones; algunos aspectos de las cuales, pese a inscribirse en la filosofía moral, hoy se pueden relacionar con la economía, cuyo ámbito moderno es mucho más amplio que el de su primitivo origen, que se circunscribía a las normas para la administración de la hacienda familiar, entre las que destacan todas aquellas relacionadas con la agricultura. El vocablo economía, acuñado por los griegos, proviene de *οἶκος* = hacienda, casa, hogar y de *νομος* = norma, ley, costumbre.

El contenido económico del pensamiento de Séneca se inferirá de sus obras *Epistolae morales ad Lucilium* y *De beneficiis*, según la ordenación por materias que a continuación se expone.

6 LA SOCIEDAD Y LA PROPIEDAD

Séneca considera que el hombre es por naturaleza un “ser social, nacido para vivir en comunidad” (*De los beneficios*, Lib. VII; I) y a quien Dios le ha dado dos cosas: la razón y la sociedad. Siendo individualmente el hombre el más indefenso de los animales, presa fácil para otros, ya que por protección sólo tiene una piel fina y por defensas naturales unas uñas sin fuerza y unos dientes que no inspiran temor alguno, gracias a esas dos cosas que Dios le dio llega a dominarlo todo, extendiendo su señorío tanto por la tierra como por el mar (y hoy también por el aire). La sociedad le defiende y le fortalece, vence las enfermedades y provee para la vejez (*De los beneficios*, Lib. IV; XVIII). Así, el hombre debe evitar la desintegración social, debe vivir para los demás haciéndoles su bien, prestándoles ayuda, servicios y favores, incluso olvidándose de su interés personal³: “El oficio del hombre es, entre otros, el de hacer beneficios [...] por no perder ocasión alguna de hacer bien.” (*De los beneficios*, Lib. IV; XII)⁴.

Continúa opinando Séneca que los hombres deben tratarse de forma que se tienda la mano al náufrago, se enseñe el camino al errabundo y se comparta el pan con el hambriento, porque según dice (*Epíst. XCV*, 52):

La naturaleza nos ha engendrado parientes, ya que nos ha sacado de los mismos principios para los mismos fines. Ella nos ha inculcado el amor mutuo y nos ha hecho sociables. Ella estableció lo justo y lo injusto; [...] por mandato suyo, las manos deben estar preparadas para ayudar a los que lo necesitan.

Tan importante es la sociedad para el hombre que Séneca concluye con la siguiente sentencia: “Nuestra sociedad es muy semejante a un arco de piedra, que había de caer si [las piedras] no se lo impidieran mutuamente sustentándose por eso mismo.” (*ib. XCV*, 53).

La mejor forma de convivencia para los hombres es la de tener todo en común, como en aquella época en que “ningún campesino poseía tierras ni era lícito fijar o delimitar el terreno; todos adquirirían las cosas en lugares accesibles a todos, y la misma tierra, sin que nadie lo pidiera, ofrecía todo con gran liberalidad.”⁵ En aquellos tiempos dichosos, “Todos gozaban en común de la naturaleza; ella era suficiente como madre y protectora de todos⁶: ésta era la

³ “propio es de pecho generoso y magnífico prestar ayuda y servicios; quien dispensa beneficios imita a los dioses; quien los reclama, remeda a los logreros” (*De los beneficios*, Lib. III; XX).

“lo meritorio [...] es que un hombre, por hacer servicio a otro, se olvidó de su propio interés” (*Ib. Lib. V*; XI).

⁴ Séneca emplea la palabra beneficio con la acepción más originaria de bien que se hace o se recibe.

⁵ Son versos de Virgilio, *Geórgicas*, I, 125-128, que Séneca transcribe en la *Epíst. XC*, 37. En estos versos se recoge la misma idea que en los primeros capítulos del *Génesis*, la de una existencia idílica viviendo de la caza y la recolección en un paraíso abundante en recursos naturales, tipo de vida más gratificante que el soportado por los campesinos en las sociedades sedentarias de tipo agrícola.

⁶ Los griegos clásicos fueron aficionados a comparaciones similares: Jenofonte en su *Económico*, V,17, dice que “La agricultura es la madre y la nodriza de las demás artes”; y Platón en su *República*, Lib. III; VI, 1, que [los hombres] “deben considerar la tierra en que habitan como su madre y su nodriza.” Siglos después, esta

segura posesión de las riquezas públicas.” (*Epíst. XC, 38*). Y además: “Cualquier cosa que la naturaleza había ofrecido, no era menos placer el haberla encontrado que el señalar a otro su hallazgo; y no podía sobrar o faltar algo a alguien, [pues] se repartía [todo] en concordia.” (*ib. XC, 40*).

En resumen, la sociedad que Séneca añora es aquella en la que no existe la propiedad privada; en la que todo se comparte con los vecinos; en la que uno se desvive por los amigos, en lugar de aprovecharse de ellos⁷, incluso se tienen amigos para tener por quien morir⁸; en la que es igual el interés de otro que el de sí mismo⁹; en la que prima el amor por la patria y si es preciso se muere en beneficio de todos¹⁰. En fin, una sociedad cuyo fundamento integrador y elemento organizador es la donación, pues hacer beneficios a los demás desinteresadamente¹¹ es el vínculo más fuerte de la sociedad¹². Se trata, como se ve, de una sociedad en la que se practica la distribución de bienes, materiales o inmateriales, sin contraprestación (o, en palabras de Séneca, “sin esperanza de retorno”¹³), pues sólo con “el intercambio de beneficios está nuestra vida mejor pertrechada y más prevenida contra los ataques imprevistos.”¹⁴

Esta sociedad, que, en pasados tiempos, conoció “aquel varón [...] que nunca hizo distinción entre su propio bien y el bien público”, en la que “Nuestros mayores [...] no exigían restitución sino de sus enemigos [y] otorgaban los beneficios con magnanimidad”¹⁵, contrasta vivamente con la moderna, con la que le tocó vivir a Séneca, en la que, por una mentalidad individualista, predomina el egoísmo, la propiedad privada y la avaricia: “La necia avaricia de los mortales distribuye las posesiones y las propiedades y no cree que es suyo cualquier cosa común.”¹⁶. “La avaricia irrumpió [...], todo lo convierte en propiedad ajena y del estado de opulencia pasó a la estrechez. La avaricia trajo la pobreza.”¹⁷ Ésta es una sociedad desunida y desintegrada, después que: “La avaricia y el lujo desunieron a los mortales y se asociaron para

idea fue recogida por sir William Petty en su *Treatise of Taxes* (1662, cap. X, art. 10), donde dice: “el trabajo es el padre y principio activo de la riqueza, mientras que la tierra es la madre”. Y casi un siglo más tarde Richard Cantillon empezaría su *Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general* (1755) afirmando: “La tierra es la fuente o materia de donde se extrae la riqueza, y el trabajo del hombre es la forma de producirla”.

⁷ Epíst. IX;8.

⁸ Epíst. IX, 10.

⁹ Epíst. XC, 40.

¹⁰ Epíst. LXXVI, 27 y 28.

¹¹ De los beneficios, Lib. I, VII.

¹² De los beneficios, Lib. I, IV y XV.

¹³ De los beneficios, Lib. I, XIV.

¹⁴ De los beneficios, Lib. IV, XVIII.

¹⁵ De los beneficios, Lib. IV, XXXII y Lib. III, VI, respectivamente.

¹⁶ Epíst. LXXIII, 7.

correr a la rapiña.”¹⁸ Por tanto, fue la aparición de la avaricia la que destruyó la sociedad¹⁹, y la de la ingratitud la que la disolvió, al desatar la unidad del género humano.²⁰

Se trata ahora de una sociedad mercantil, cuyo elemento organizador es el de toma y daca (es decir, dar sólo para recibir algo a cambio), en la que la salvaguardia de los pactos y convenios descansa en los sellos (o sea, en lo que se firma) y no en la buena fe y la confianza; en la que se exigen prendas en garantía, o fiadores y testigos para que el deudor no pueda negar lo que recibió.²¹

7 LOS BIENES

Séneca (*Epíst. LXXXVII*, 36) define los bienes sencillamente de esta forma: “es un bien [...] lo que es útil”; por tanto, no debe ser perjudicial. Por eso, critica la definición de algunos filósofos, para quienes “bien es lo que mueve a su deseo o lo que mueve el impulso del alma que tiende hacia ello. Y también a esto se objeta lo mismo; pues muchas cosas mueven el impulso del alma, que son deseadas para mal de los que las desean.” (*Epíst. CXVIII*, 9). Séneca manifiesta (en la misma epístola) que los que mejor lo definieron dijeron así: “El bien es lo que mueve hacia sí el impulso del alma con arreglo a la naturaleza, y así debe desearse cuando empieza a ser deseable.” De este modo, “Lo que es deseable es un bien.” (*Epíst. CXVII*, 17).

En la definición de Séneca entran tanto los bienes corpóreos como los incorpóreos (o sea, los bienes materiales y los inmateriales), ya que para él (*Epíst. CVI*, 4) existen los bienes del cuerpo y los bienes del alma, aunque en *De los beneficios* (Lib. V; XII) añade a los dos anteriores un tercer tipo de bienes, los de la fortuna. Séneca, en la epístola citada, se esfuerza, mediante disquisiciones filosóficas, en demostrar que los bienes del cuerpo y los del alma son igualmente corpóreos, ya que el cuerpo y el alma están íntimamente unidos en el hombre y los bienes del cuerpo afectan al alma, tanto como los de ésta afectan a aquel. Así, Séneca acaba por no distinguir entre bienes materiales e inmateriales; en realidad, para los estoicos no son auténticos bienes los que no hacen un alma mejor (ya sean materiales o inmateriales). Es más, por reducción sólo hay un auténtico bien, o un bien supremo: la honestidad.²²

Hoy difícilmente podríamos asumir esa demostración de Séneca para concluir que todos los bienes son corpóreos, por lo demás innecesaria. Es más sencillo y convincente reconocer que hay bienes materiales e inmateriales y que ambos tienen un atributo común: satisfacen necesidades y pueden intercambiarse o donarse.

¹⁷ *Epíst. XC*, 38.

¹⁸ *Epíst. XC*, 36.

¹⁹ *Epíst. XC*, 3.

²⁰ *De los beneficios*, Lib. IV, XVIII.

²¹ *De los beneficios*, Lib. III, XV.

Por otra parte, Séneca (*Epíst. LXVI, 5 y 36 a 39*) clasifica los bienes en categorías, según el grado de deseabilidad. Algo parecido, aunque bajo otra perspectiva diferente, hizo Menger (1871, Cap. I, 2) al clasificar los bienes por orden de acuerdo al grado, directo o indirecto, con que satisfacen las necesidades. Para Séneca los bienes de primera clase son deseados de modo incuestionable; los bienes de segunda clase no son deseados, pero, si hay necesidad, deben afrontarse con entereza de ánimo; y los de tercera clase, o intermedios, son los que no poseen ninguna de las anteriores características, son por así decir neutros. Lo que es común a todas estas clases de bienes es el estar de acuerdo con la naturaleza, de modo que el hombre debe, mediante la razón, comportarse con honestidad, con arreglo a la voluntad de la naturaleza.

En la obra de Séneca también encontramos una teoría de los bienes públicos, en clara distinción de los bienes privados.

Los bienes privados son los que pueden pertenecer a cada uno, aunque su origen se encuentre en un reparto público. Según dice Séneca (*Epíst. LXXII,8*): “Los hombres se llevan de la distribución pública de granos tanto cuanto se ha prometido por cabeza; el festín, el reparto de carne y cualquier otra cosa que se toma con la mano, se reparte por partes”. Pero hay otros bienes que “llegan enteros a cada uno” y que, por tanto, “son enteramente de todos tanto como de cada uno”²³

Este concepto también es expuesto por Séneca en *De los beneficios* (Lib. IV; XXVIII): hay cosas que “se hicieron para todos los hombres en común”, ya que “es mucho mejor hacer bien a los malos por causa de los buenos que privar de ellos a los buenos por culpa de los malos”. Hay bienes públicos que se pueden repartir y que se dan a los ciudadanos en cuanto tales, con independencia de cualquier otra condición, como el trigo que se da en racionamiento, ya sea quien lo recibe perjuro, adúltero o indigno. Pero hay bienes (a los que hoy denominamos bienes públicos puros) que “están a la disposición de todos”, y “no podrían llegar a ciertas personas sin darlos a todas”. Entre éstos Séneca cita, además de otros, las murallas de la ciudad que defienden del enemigo tanto a los asesinos como a los probos ciudadanos, y la ley y el derecho que amparan tanto a los delincuentes como a los honrados.

8 LAS RIQUEZAS

Séneca no define directamente la riqueza, pero (en la *Epíst. CXVI,1*) se refiere genéricamente a “las cosas a las que te inclinas y a las que juzgas, o necesarias, o útiles, o agradables para la vida.” De un modo similar a éste define Cantillon (1755, p. 13) lo que es la riqueza: “no es otra cosa que los alimentos, las comodidades y las cosas superfluas que hacen agradable la vida.” Ahora bien, Adam Smith (1776, p. 31) es quien define la riqueza de un

²² *Epíst. LXXI, 4; Epíst. LXXIV, 1; y De los beneficios, Lib. V; XII.*

²³ *Epíst. LXXII; 8.*

modo casi idéntico al de Séneca: “Todo hombre es rico o pobre según el grado en que pueda gozar de las cosas necesarias, convenientes y gratas de la vida.”

Por otra parte, se puede suponer que para Séneca las riquezas consisten en la acumulación de bienes; pero, al igual que en la opinión de Platón (*La República*, Lib. 8º, II, p. 285), para quien la riqueza y la virtud se oponen, de forma que, si estuvieran en los platos de una balanza, no podría subir una sin que la otra bajara, Séneca (*Epíst. LXXXVII*, 22) considera que la riqueza proviene de la injusticia: “las riquezas más se hacen de la avaricia”; “del sacrilegio y del hurto, empero, nace la riqueza.” Y en la *Epíst. LXXXVII*, 27, añade que no se puede “obtener lucro sin sacrilegio: ese lucro no está junto al crimen, sino fundido con él.”

Ahora bien, desde un punto de vista fuera de la moral, la idea indica que las riquezas se forman mediante el ahorro, ya que la avaricia es una forma de ahorro, aunque considerada por algunos compulsiva y patológica. Pero resulta que al pobre la cuesta muchísimo más ahorrar que al rico, ya que, según Séneca (*Epíst. CI*, 2), “el dinero tiene mucha tardanza en llegar cuando se está en la pobreza; cuando se sale de ella, se adhiere.”

La ostentación de las riquezas incita la codicia de los hombres, y la codicia acaba siendo más acuciante cuanto más atractiva sea la esperanza de una mayor ganancia.²⁴ Por otra parte, los deseos naturales tienen un límite, pero los que provienen de la falsa opinión no tienen fin²⁵; por eso, el avaro no se sacia con ningún lucro²⁶ y se llega hasta tal punto que incluso cualquier cantidad que se espera adquirir y no se obtiene, se considera una pérdida.²⁷ Ésta es una sagaz observación de un fenómeno psicológico que sigue dándose en la actualidad; en efecto, muchas personas, sobre todo los empresarios, estiman como pérdidas lo que no han ingresado cuando tenían una determinada expectativa de ingresos que luego no se cumple (y no nos referimos a la circunstancia de una adversidad, por ejemplo, meteorológica, por la cual se echan a perder o se dañan determinados bienes, a lo que también se le llama pérdida). Considerando el aspecto contable, pérdida es técnicamente la diferencia entre ingresos y gastos cuando el resultado es negativo; por lo tanto, el no ingresar todo lo esperado no significa haber incurrido indefectiblemente en una pérdida.

También opina Séneca, como Jenofonte (*Económico*, II, 4, p. 278), que se puede ser rico con bienes escasos si éstos son más que suficientes para satisfacer las necesidades. Así,

²⁴ *Epíst. CX*, 15 y *Epíst. LXXXV*, 11, respectivamente.

²⁵ *Epíst. XVI*, 9.

²⁶ *Epíst. XCIV*, 43. Respecto a esta observación, conviene reparar en que Séneca está asumiendo que la riqueza, y el dinero como representante de ella, constituye, posiblemente, la única excepción a la ley general de la utilidad marginal decreciente de los bienes económicos (o 1ª ley de Gossen). Del mismo modo lo consideró Aristóteles, para quien “La moneda es elemento y fin del cambio, y la riqueza que resulta de este arte de adquirir no tiene límites.” (*La Política*, Lib. I, Cap. III, 17).

²⁷ *Epíst. CXV*, 16.

dice Séneca: “Yo no considero pobre al que tiene suficiente con cualquier cosa que le queda.” (*Epíst. I, 5*). “No es pobre el que tiene poco, sino el que desea más. [...] Preguntas: ¿cuál es la medida de la riqueza? Primeramente, tener lo que es necesario; después, lo que es suficiente.” (*Epíst. II, 6*).

Por lo demás, la filosofía estoica de Séneca (matizada con las doctrinas procedentes de otras escuelas) le impulsa a despreciar las riquezas y a contentarse con un modo de vida acorde con las prescripciones de la naturaleza: “Es muy corto el camino hasta las riquezas por medio de su desprecio.” (*Epíst. LXII, 3*). En realidad, la verdadera riqueza estriba, para Séneca, en contentarse con lo que la naturaleza exige, que es lo mínimo²⁸. La opinión de los demás es la que exige mucho²⁹. Para vivir con arreglo a la naturaleza no se necesita cobijarse bajo un techo de oro, ni un festín para alimentarse. Séneca (*Epíst. IV, 10*) dice:

Una pobreza reglamentada por la ley de la naturaleza es una gran fortuna. Mas ¿sabes esa ley de la naturaleza qué límites fija? No tener hambre, no tener sed, no tener frío. Para apaciguar el hambre y la sed no es necesario que te sientes a la puerta de los acomodados ni tampoco que tengas que soportar la arrogancia desdeñosa y la afrentosa afabilidad; no es preciso provocar [a la muerte sobre] las olas ni siguiendo en la milicia. Es fácil de adquirir y ha sido puesto al alcance de la mano lo que la naturaleza exige; se suda para [adquirir] las cosas superfluas.

Pese a la añoranza de tiempos pasados, Séneca es perfectamente consciente de que en su propia época tal género de vida sería impracticable. Y ello es debido a los motivos aducidos por Séneca (*Epíst. CXV, 12*) en la siguiente observación:

Nuestros padres hicieron que sintiéramos la admiración por el oro y la plata, y la ambición que se nos introdujo en los años tiernos arraigó profundamente y creció con nosotros [...]. Finalmente, las costumbres han llegado a tal punto, que la pobreza es una maldición y una vergüenza, desprecio para ricos y odiosa para los pobres.

9 LA UTILIDAD Y EL VALOR

La utilidad, según se deduce de lo dicho por Séneca en la *Epíst. CIX, 11*, es una aptitud de los bienes para satisfacer necesidades, o sea, “que son útiles las cosas que nos prodigan medios: el dinero, la influencia, la seguridad, las demás cosas gratas a la vida o necesarias.” Pero en realidad la utilidad que tienen las cosas se la confieren las personas, es decir, la utilidad es a su vez algo subjetivo, ya que Séneca (según se expuso al comienzo del epígrafe 7) se refiere a las cosas por las que te inclinas y que juzgas útiles o necesarias, y también dice (en la *Epíst. LXVI, 41*) que “las cosas son apreciadas por la utilidad de los que las reciben.” Por eso, para Séneca (*Epíst. LXXVIII, 13*) “Cada uno es tan desgraciado como lo cree.” O tan afortunado, o tan satisfecho, podríamos añadir sin alterar su pensamiento, pues como él dice (*Epíst. LXXVIII, 13*): “Todo está pendiente de lo que se crea.”

²⁸ *Epíst. XVII, 9*.

²⁹ *Epíst. XVI, 8*.

Si la utilidad se asocia con las cosas que proporcionan placer o satisfacción, podemos considerar que Séneca contempló tanto la utilidad positiva como la negativa (o desutilidad) y que la utilidad (o bien la desutilidad) llega a un punto de saturación, e, incluso, que, pasados determinados límites, la utilidad se muta en desutilidad, o dicho más directamente, el placer se convierte en dolor. Para comprobar estas afirmaciones, a continuación se transcriben algunas frases de Séneca:

el placer se precipita hacia el dolor si no se guarda una moderación. (*Epíst. XXIII*, 6).

por aquello de que son superfluas, dañan; así la excesiva abundancia doblega las espigas, así se tronchan las ramas por el peso, así la excesiva fertilidad no llega a la madurez. (*Epíst. XXXIX*, 4).

La intensidad del dolor muy agudo encuentra un término; [...] pero pronto esas partes se atrofian y por el mismo dolor pierden la sensación del mismo. (*Epíst. LXXVIII*, 6 y 8, respectivamente).

Cuando se contempla que la utilidad crece, luego llega a la saturación (o punto máximo) para después disminuir, incluso haciéndose de signo contrario, podemos considerar, en terminología moderna, que se está pensando en una función de utilidad cuya función derivada (o función de utilidad marginal) es decreciente y que se hace cero para el punto máximo de la función de utilidad. Pues bien, tal función de utilidad marginal decreciente puede reconocerse en las siguientes frases de Séneca:

lo excelente se recomienda por su misma rareza (*Epíst. XLII*, 1).

Al que tiene sed le gusta más beber; la comida es más grata al que tiene hambre. Cualquier cosa que se consigue después de una abstinencia, se toma con más avidez. (*Epíst. LXXVIII*, 22).

Estas aseveraciones equivalen a decir que se aprecia más una cosa cuando es escasa que cuando es abundante.

Y también puede reconocerse en Séneca el caso descrito por Galbraith (1958, Cap. X, III) referente a que en las sociedades opulentas, como la romana en tiempos de Séneca, se producen bienes tan abundantemente que se llega al punto en que su utilidad marginal se aproxima a cero. Por tanto, al ser su importancia marginal prácticamente nula, se podría prescindir fácilmente de gran parte de esos bienes, siendo suficientes los bienes que satisfacen las necesidades más urgentes. Además, para que pueda mantenerse la producción de bienes cada vez menos urgentes, en la escala de la preferencia por satisfacer necesidades, se requiere que la propia producción cree la necesidad de un bien que apenas tiene utilidad marginal para los individuos, y, en consecuencia, que no es apreciado si no se encarga la propia producción de hacerlo estimable. Galbraith llama a este hecho “el efecto dependencia”, que, en el fondo ya lo tuvo en cuenta Séneca según se desprende de la siguiente frase de la *Epíst. XCV*, 15:

Pero después de que se empezó a buscar no para satisfacer el hambre, sino para excitarla, y se inventaron mil clases de guisos con los que se agudizase el apetito, lo que eran alimentos para los que los deseaban, se convertía en peso a los ya repletos.

También es pertinente a este caso lo que dice Séneca en la *Epíst. XC*, 19:

Se ha apartado de la naturaleza el lujo, que cada día se excita él mismo y crece de siglo en siglo y favorece a los vicios con su fantasía, empezó por desear vivamente lo superfluo; de aquí [pasó a desear] las cosas contrarias; finalmente sujetó el alma al cuerpo y le ordenó que sirviera a su desenfreno. Todas esas artes, con las que la ciudad se agita y hace ruido, trabajan al servicio del cuerpo, al cual, en otros tiempos, todo se le procuraba como a un siervo; ahora se lo preparan como a un señor. Y así, aquí hay fábricas de tejidos; allí, talleres de artesanos; aquí, olores de las destilerías de perfumes; allí, academias de las que enseñan movimientos delicados del cuerpo y canciones delicadas y degeneradas. Pues se retiró ya aquella moderación natural, que ponía fin a los deseos por necesidad; ya es propio de la rusticidad y de la miseria el querer cuanto es suficiente.

Como ejemplo de bienes con utilidad marginal nula (o casi nula) tenemos los bienes superfluos (y, por tanto, prescindibles). Dichos bienes son mencionados por Séneca en varias ocasiones, y, de entre ellas, merece destacarse su siguiente observación (vertida en la *Epíst. LXXXVII*, 1): “la excursión me enseñó cuántas cosas superfluas teníamos y cuán fácilmente podíamos abandonar con un razonamiento esas cosas que, si alguna vez nos las quitó la necesidad, no sentimos que [nos] fueran arrebatadas.”

Actualmente se considera que el principio subjetivo de la utilidad de las cosas (según el cual son las personas quienes aprecian los bienes) no es suficiente para determinar el valor de las mismas. El valor también depende de un principio objetivo, el de la escasez o abundancia relativas con que las cosas se encuentran disponibles, o con el grado anterior con que ya se han satisfecho las necesidades. Por eso, el valor de las cosas más parece que se ajusta al principio de la utilidad marginal decreciente que a la simple utilidad, porque la utilidad marginal combina los dos principios antes mencionados: el subjetivo de la utilidad y el objetivo de la escasez o abundancia relativas, de forma que cuando el bien escasea, tanto su utilidad marginal como su precio son altos; mientras que cuando el bien es abundante, su utilidad marginal y su precio son bajos.

Pues bien, esta teoría se encuentra implícita en el pensamiento de Séneca (*Epíst. LXVIII*, 4) cuando dice: “Muchos pasan de largo ante lo que es visible, [pero] exploran lo escondido y misterioso; lo sellado atrae al ladrón. Parece de poco valor lo que está al descubierto, y el habituado a descerrajar pasa de largo ante las puertas abiertas”. Más explícita se halla esta teoría en otra observación de Séneca (*Epíst. CV*, 3) al decir que “incluso se desean las cosas pequeñas si son poco conocidas y raras.”. Pero se aprecia con mayor precisión tal teoría del valor, o explicación del precio de las cosas, en el siguiente texto (algo extenso) extraído de *De los Beneficios*, Lib. VI, XV:

El precio de cada cosa depende de su oportunidad; aun cuando tú las hubieras encarecido, ese precio se fija en aquel por encima del cual no pueden venderse³⁰; fuera de que nada debe al vendedor el

³⁰ Keynes, en su artículo *Robert Malthus (1766-1834). El primer economista de Cambridge* (pp. 24 y 25) contenido en su obra *Essay in Biography* (1933), transcribe el siguiente texto de Malthus, proveniente de su opúsculo *Investigation of the Cause of the Present High Price of Provisions* (1800):

buen comprador³¹: además, aun cuando valen más estas mercancías, no hay en este negocio generosidad alguna de tu parte una vez que se admitiere no ser su utilidad efectiva sino el uso y el curso del mercado los que regulan su justiprecio. ¿Qué precios pones tú al que traspasa los mares y a través de las ondas cuando la tierra se retiró de nuestra vista, se abre una rota certera y previene las borrascas que van a saltarle y en medio de la seguridad general ordena recoger las velas y bajar los aparejos y que esté dispuesta la marinería para afrontar la embestida de la tempestad y contrastar su braveza repentina? Y, no obstante, servicio tan arriesgado y tan grande págase íntegramente con el precio del pasaje. ¿Cuánto estimas que vale un albergue en el desierto, un techo mientras dura el aguacero, y en lo más recio del frío, la lumbrera amiga o un baño caliente? Y con todo, yo sé cuánto me va a costar así que pusiere el pie en el albergue. ¿Qué servicio no nos presta el que viene a apuntalar nuestra casa ruinosa y cuando una construcción está agrietada con su arte increíble la mantiene en suspenso? Con todo, es harto bajo y fijo el precio que cuesta el apuntalamiento. El muro nos protege contra el enemigo y nos guarda de las incursiones de los piratas; y no obstante, sabe todo el mundo cuánto cobra de jornal el obrero que para la pública seguridad levanta aquellas defensas.

Conviene reparar en que Séneca tiene en cuenta tres elementos: la utilidad efectiva; el uso; y el curso del mercado. El primero es sencillamente la utilidad, que es un elemento imprescindible para que los bienes sean apreciados, pero no es precisamente el que interviene en la determinación del precio, al menos de aquellos bienes muy divisibles; de ahí que Séneca contraponga, en los ejemplos que a continuación expone, la gran utilidad que proporcionan determinados bienes y el poco valor que alcanzan en el mercado. El segundo es el uso, que

“Supongamos una mercancía muy solicitada por cincuenta personas, de la cual, por algún fallo de la producción, sólo hay suficiente para abastecer a cuarenta. Si quien ocupa el cuadragésimo lugar, partiendo de arriba, dispone de dos chelines para gastar en esta mercancía y los treinta y nueve por encima de él tienen más, en diversas proporciones, y los diez bajo él todos menos, el efectivo precio de este artículo, según los genuinos principios del comercio, será de dos chelines [...] Supongamos ahora que alguien da a los diez pobres que quedaron excluidos un chelín a cada uno. Los cincuenta pueden ahora ofrecer dos chelines, el precio que antes se pedía. De acuerdo con todos los verdaderos principios del comercio justo, esta mercancía debe subir inmediatamente. Si no, me preguntaría: ¿en razón de qué principio se ha rechazado a diez de los cincuenta que eran igualmente capaces de ofrecer los dos chelines? Porque, según el supuesto, siguen sin haber más que para cuarenta. Los dos chelines de un pobre son tan buenos como los dos chelines de un rico; y si actuamos para impedir que la mercancía suba hasta quedar fuera del alcance de los diez más pobres, quienesquiera que sean, tendremos que echar a suertes, hacer una lotería o luchar para determinar quiénes serán excluidos. Se saldría de mi presente propósito discutir si uno de estos métodos sería preferible para la distribución de las mercancías de un país, a la sórdida distinción del dinero; pero lo cierto es que, según las costumbres de todas las naciones ilustradas y civilizadas, y según todo principio del trato comercial, debe dejarse que el precio suba hasta el punto en que la adquisición se encuentre fuera del alcance de diez de las cincuenta personas. Este punto será, quizá, el precio de media corona o más, que sería entonces el precio de la mercancía. Dése ahora otro chelín a cada uno de los diez excluidos: todos podrán así ofrecer media corona. El precio tendrá que subir inmediatamente, como consecuencia, a tres chelines o más, y así *toties quoties*.”

[*Toties quoties* es una expresión latina que significa *tantas veces como* (ocurra la anterior circunstancia)].

En resumen, esta larga disquisición de Malthus (que, por cierto, implica tener una percepción, aunque implícita, del principio económico de marginalidad), viene a decir que la cantidad disponible de un bien se distribuye entre quienes lo desean, en un sistema de mercado fundamentado en la libre competencia, mediante el establecimiento del máximo precio posible que garantice la venta del bien sin que sobre ni falte. O sea, a efectos prácticos lo mismo que dice Séneca.

³¹ Cuando el comprador paga el precio al vendedor, ya no le debe nada, ni, por tanto, nada tiene que agradecerle. Adam Smith (1776, p. 17) expresa una idea similar a ésta: “No es la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero la que nos procura el alimento, sino la consideración de su propio interés.”

podríamos identificar con la demanda o con la utilidad marginal de los bienes (ambas funciones decrecientes, de forma que aquélla guarda una estrecha relación con ésta). Y el tercero, el curso del mercado que, al parecer, se trata de un mercado de competencia, donde concurren los que ofrecen y los que demandan, de forma que el precio es fijo, conocido e independiente de los distintos sujetos que en él intervienen.

No obstante, pese a reconocer que de ese modo se establece el precio de las cosas en la sociedad de su tiempo, Séneca hubiera preferido que el valor se determinara en función de la simple utilidad que los bienes proporcionan³², por ser este procedimiento más acorde con la naturaleza de las cosas y no debido a un mundo más sofisticado y antinatural, donde se busca adrede la escasez y los artículos de lujo para encarecer así los productos. Por eso, Séneca dice (*Epíst. XCIV, 68 a 72*):

Porque la sabiduría es esto: volverse a la naturaleza y restituirse allí de donde nos ha expulsado el error público. Gran parte de la recta razón es el haber abandonado a los que exhortan a la locura y, a la vez, el haberse situado lejos de ese contacto perjudicial. Para que sepas que eso es verdad, considera de qué modo distinto vive cada uno para el pueblo y para sí mismo. La soledad no es maestra de la inocencia por sí misma, ni los campos enseñan la frugalidad, sino que los vicios se calman en donde se ha ausentado el testigo y el espectador, ya que el fruto de ellos es mostrarse y ser contemplados. ¿Quién ha dispuesto un banquete en [vajilla de] oro para comer solo? ¿Quién ha desplegado la pompa de su lujo hallándose solo, recostado bajo la sombra de algún árbol del campo? Nadie es suntuoso a sus ojos, ni siquiera para los de unos pocos o de sus íntimos, sino que extiende el aparato de sus vicios según la cantidad de gente que lo contempla. Así es: el incentivo de todas las locuras que cometemos es el admirador y el confidente. Llegarás a hacer que no tengamos vicios si consigues que no los mostremos. La ambición, el lujo y el desenfreno desean público; curarás esos vicios si los escondes. Y así, si nos encontramos situados en medio del fragor de las ciudades, téngase al lado un consejero y, frente a los que elogian los grandes patrimonios, elogie al que es rico con poco y al que mide los bienes por su utilidad.

La propuesta de Séneca, como vemos, es que los bienes deben medirse (esto es, valorarse) por su utilidad, por el grado directo de satisfacción que de ellos se obtiene al cubrir las necesidades. Idea que se confirma con las siguientes frases de su *Epíst. XC, 18*:

La naturaleza no fue tan hostil que, al dar a todos los animales un medio fácil de vida, no pudiese sólo el hombre vivir sin tantos artífices. Nada de éstos nos ha exigido ella, nada debe buscarse penosamente para que la vida pueda prolongarse. Hemos nacido para [disfrutar de] las cosas ya dispuestas; nosotros nos hemos hecho difíciles todas las cosas por el hastío de las fáciles. Los techos, los vestidos, los remedios del cuerpo, los alimentos y las cosas que hoy se han convertido en descomunal negocio, salían a nuestro encuentro y eran gratuitos y podían prepararse con un leve esfuerzo, pues la medida de todas las cosas era con arreglo a las necesidades.

³² Jevons (1871, p. 121) pone de manifiesto que algunos economistas han utilizado la palabra valor con el significado de “valor de uso”, que equivale al concepto de utilidad simple. Y el propio Jevons (ib., p. 150 y ss.) lo emplea para explicar el intercambio en el caso de bienes indivisibles, a los que no se les pueden aplicar variaciones infinitesimales (la utilidad marginal es el reflejo infinitesimal de utilidad como consecuencia de variaciones infinitesimales en la posesión de un bien).

Además, Séneca, con esta concepción del valor de las cosas, parece que alude a lo que actualmente se denomina **la paradoja del valor**: el agua que es muy necesaria para la vida y tiene una gran utilidad vale muy poco o nada; en cambio, los diamantes que no son necesarios en absoluto para la vida, por lo que su utilidad es escasa o nula, valen mucho. Esto se verifica cuando Séneca (*Epíst. XXV, 4*) se refiere a “la ley de la naturaleza”, según la cual “las riquezas están preparadas; lo que necesitamos, o es gratuito, o es barato; la naturaleza echa de menos el pan y el agua.” Y cuando dice (*Epíst. IV, 10*): “Es fácil de adquirir y ha sido puesto al alcance de la mano lo que la naturaleza exige; se suda para [adquirir] las cosas superfluas”.

Dejando a un lado la alusión de Séneca, antes transcrita (correspondiente a *De los Beneficios*, Lib. VI, XV), sobre la dependencia del precio de la oportunidad y su relación con la teoría del coste de oportunidad que Menger (1871, Cap. III, 2,d y 3,d) y sus seguidores de la Escuela Austriaca desarrollarían, se hará una breve reflexión acerca del valor de los bienes de orden superior, que Menger (1871, Cap. III, 3) atribuye al valor previo de aquellos bienes de orden inferior a cuya producción sirven. Séneca se refiere, genéricamente y sin más explicación, a “la ley misma, por la que las cosas se valúan entre sí.” Pero es algo más explícito en la *Epíst. LXXVI, 8* al decir: “La fertilidad y el sabor del vino dan valor a la viña.” Aquí ya vemos claramente cómo el vino, bien de primer orden por satisfacer directamente una necesidad humana, determina el valor de la viña, bien de orden superior.

Los seguidores de la Escuela de Viena también desarrollaron el principio psicológico de la mayor valoración de los bienes presentes respecto a los futuros, según la idea de Menger (1871, Cap. III, 3,c), que es un principio ya expuesto por Séneca (*Epíst. CXVII, 27*):

¿Quién ignora que no es un bien eso que es futuro, por esto mismo: porque es futuro? Pues lo que es un bien, es útil en verdad; no pueden ser útiles sino las cosas presentes. Si no es útil, no es un bien; si es útil, ya lo es [...] ¿Cómo, dime tú, lo que todavía no es nada, ya es un bien?

Esta misma idea está hondamente asentada en el sentir popular mediante este proverbio: Más vale pájaro en mano que ciento volando. Quizá el refrán esté inspirado en esta afirmación de Tomás de Mercado (1569, p. 144): “más vale pájaro en mano que buitre volando”. Tal frase la expuso este último autor como ejemplo del mayor valor concedido por las personas a los bienes presentes respecto a los futuros, y, en concreto, a lo que Mercado (ib., p. 144) se refiere es al dinero: “más vale el dinero presente que el ausente: el que ya se tiene está seguro, el ausente sujeto a dos mil peligros, que puede ser no paguen o difieran la paga”.

10 LA PRODUCCIÓN Y EL CONSUMO

Ya se ha indicado en el epígrafe anterior que en la sociedad romana, en la época de Séneca, se producían bienes en abundancia, incluso superfluidades y lujos.

Séneca, como otros filósofos, hacía disquisiciones para averiguar cómo habían sido producidas las cosas, ya fueran seres de la naturaleza, ya fueran obras de los hombres. Él, siguiendo las enseñanzas estoicas, considera, en la *Epíst. LXV, 2 a 11*, que todo lo que está

hecho se fundamenta en la materia y en la causa. La causa es lo que da forma a la materia, pero la causa puede descomponerse en tres elementos: el tiempo; el espacio; y el movimiento. Sin el tiempo nada puede hacerse; sin el espacio no habría sitio donde hacerse algo; y sin el movimiento nada es posible hacerse.

Ahora bien, si tenemos en cuenta que el movimiento de una masa (o materia) lo produce la aplicación de una fuerza, y que el producto de una fuerza por el espacio que recorre su punto de aplicación (prescindiendo del coseno del ángulo que forma la dirección de la fuerza con la del espacio recorrido) es el trabajo, nos encontramos con que la opinión de Séneca apenas difiere de la consideración de los dos factores originarios de la producción contemplados por la teoría económica moderna: la tierra (o naturaleza, o materia) y el trabajo.

Respecto al consumo, dejando aparte que junto a la producción de bienes de lujo hay un consumo suntuoso y ostentoso, lo más relevante de Séneca son estas dos observaciones:

La primera se refiere a los ricos, que, al satisfacer sus placeres viciosos, proporcionan trabajo a mucha gente. Por lo que a esto respecta, dice Séneca (*Epíst. XCV, 24*):

Paso por alto esa grey de niños infelices, a los que, después de haberse acabado los banquetes, les esperan otras ignominias en los dormitorios. Paso por alto esos ejércitos de adolescentes clasificados por naciones y colores, para que todos tengan la misma tersura, la misma medida de su vello, la misma clase de pelo, para que ninguno que tenga el pelo más liso se mezcle con los de cabellos rizados. Paso por alto la turba de pasteleros, por alto la de sirvientes, que circulan para servir la cena a una hora señalada. ¡Oh dioses!, ¡a cuántos hombres moviliza un solo estómago!”

Esta misma idea fue expuesta por Bernard de Mandeville a principios del siglo XVIII en su *Fábula de las abejas: o, vicios privados, beneficios públicos* (1715), en la que considera la gran fuerza impulsora de crecimiento económico y de creación de empleo que tiene la producción de artículos para satisfacer el vicioso lujo de los ricos.

La segunda se refiere a lo que hoy en día se denomina el **efecto demostración** (según el cual el consumo ostentoso de los miembros de los estratos sociales más altos que los de otros individuos incita al consumo de estos últimos en su afán de emular a los primeros). La envidia por alcanzar el elevado tren de vida de las clases sociales más altas estimula el consumo, mantiene los precios de unos artículos verdaderamente superfluos y fomenta la producción y el empleo. Esta idea es expresada por Séneca (*Epíst. CXXIII, 6*) de la siguiente forma:

No hemos comprendido cuántas cosas eran superfluas si no empezaron a faltarnos; pues hacíamos uso de ellas no porque debíamos, sino porque las teníamos. Pues ¡cuántas cosas nos las proporcionábamos porque otras se las proporcionaron, porque la mayoría las tenían! Entre las causas de nuestros males, una es porque vivimos según los demás y no nos ordenamos según la razón, sino que nos arrastra la costumbre. Lo que no querríamos imitar si lo hiciesen unos pocos, lo seguimos como si fuera lo más honesto, por ser frecuente, cuando la mayoría empezó a hacerlo; y el error tiene el lugar de lo recto entre nosotros cuando se ha generalizado.³³

³³ En la *Epístola LXXXI, 29* también expone este mismo concepto:

11 EL INTERCAMBIO

La obra *De los beneficios* de Séneca es un tratado sobre las donaciones; o sea, de hacer el bien a otras personas otorgándoles dádivas, tanto de bienes materiales como de bienes inmateriales. En ese tratado se estudia ampliamente las condiciones, circunstancias, efectos y forma de actuar del donante así como del donatario (es decir, de quien hace y de quien recibe los beneficios). Pero en esta obra encontramos en realidad una teoría muy completa acerca del intercambio.

Una teoría moderna de las donaciones fue expuesta por Kenneth E. Boulding en su libro *The Economy of Love and Fear. A Preface to Grants Economics* (1973). En el capítulo 2 de este libro su autor ilustra sus consideraciones mediante tres figuras para explicar otras tantas facetas del intercambio; las cuales son: el simple; el completo; y la donación.

Aquí se usará una adaptación de esas tres figuras para presentar el pensamiento de Séneca en este asunto, del cual es posible extraer esas tres facetas del intercambio recién citadas.

El intercambio simple.

En él se incluyen tanto el trueque como el comercio crematístico y se trata, aunque Séneca no lo exprese directamente, de un negocio de toma y daca; es decir, dar una cosa para recibir algo a cambio. Esto es lo que se puede interpretar, por contraposición al beneficio (o donación), de lo dicho por Séneca (en *De los beneficios*, Lib. II; XXXIV): “No tienes que estar esperando que yo te presente el recibo; porque este negocio no es de daca y toma sino de voluntades reconocidas.” O bien, cuando dice (*ib.* Lib. IV; XIII): “¡Daré esto y recibiré estotro! Eso es la anulación del beneficio.” Y también cuando en otro lugar sentencia (*ib.* Lib. III; XIV); “se malogrará la grandeza de una acción tan eminente si del beneficio hacemos mercería.”

Por consiguiente, para Séneca el intercambio simple implica:

En primer lugar, la existencia de dos partes, pues como dice Séneca en *De los beneficios*, Lib. V; X: “La venta es una enajenación y un traspaso a otro de una cosa y del derecho que sobre ella se tiene.” De modo que, según se ve en la Figura 1, una de las partes, que llamaremos A, traspasa un bien (cuyo valor denominaremos “x”) a la otra parte que interviene en la transacción, que designaremos por B. Ésta, a su vez, entrega a A otro bien (cuyo valor denotaremos por “y”) para pagar lo que ha recibido. Además Séneca (*ibidem*, Lib. VI; IV) nos indica que “toda paga consiste en entregar, no la misma cosa, sino otra que valga tanto como ella.”

No sabemos apreciar las cosas, sobre las que debe deliberarse no por la forma, sino por la naturaleza de ellas. Nada tienen éstas de magnífico por lo que nuestro pensamiento se vea arrastrado hacia ellas, excepto esto por lo que acostumbramos admirarlas. Pues se alaban no porque son dignas de ser deseadas, sino que se desean vivamente porque son alabadas, y cuando el error de cada uno de los hombres lo ha hecho público, el error público hace el de cada uno.

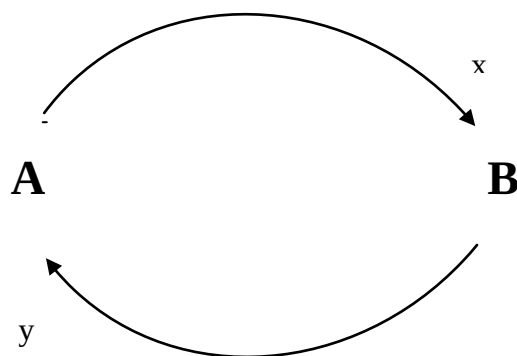


Figura 1. El intercambio simple

No obstante, cuando este intercambio simple es de tipo comercial, no es estrictamente necesario que los bienes “x” e “y” tengan el mismo valor, ya que, en la opinión de Séneca (*ib.*, Lib. VI; XXXVIII) que coincide con el denominado principio de las ventajas absolutas del comercio, la intención de todo comerciante es “vender caro, [y] comprar a precio cómodo lo que quería revender.” También opina Séneca (en el mismo párrafo recién citado) que “¿quién consigue ventaja sino a costa de la desventaja ajena?” Por consiguiente, se puede concluir que, si A es un comerciante, por lo general, $x < y$, en lo que a valor se refiere.

En segundo lugar, el intercambio simple implica la propiedad privada, ya que si la propiedad fuera comunal a nadie se le puede dar algo que ya es suyo. Sobre esto Séneca dice (en *De los beneficios*, Lib. VII; IV): “Pretendéis que entre los amigos todo es común; pues siendo así, nadie puede al amigo darle nada; pues le da lo que ya posee en comunidad.”

Pero Séneca (*ib.*, Lib. VII; VI), como hombre experto en derecho, sabe distinguir en los objetos dos tipos de propiedad: una del objeto en sí (que se denomina la nuda propiedad) y otra del uso del objeto (que se llama el usufructo). Ambas pueden separarse y ser causa de una transacción independiente.

Por otra parte, se debe tener en cuenta que no es imprescindible que, en este tipo de intercambio, A proporcione a B un bien material; también puede ser un bien inmaterial, por ejemplo, como expone Séneca (en *De los beneficios*, Lib. VI; XV y XVI), las enseñanzas impartidas por un profesor o los servicios prestados por un médico, cuando se limitan a ejercer estrictamente su profesión, realizando la prestación de su servicio sin tomarse ningún interés especial hacia la persona que atiende, y, por supuesto, en contraprestación cobra del otro el importe correspondiente a su trabajo realizado.

El intercambio completo.

Éste, según se ilustra en la Figura 2, se origina cuando entre los sujetos A y B se establece un doble flujo de bienes; de modo que A entrega un bien material (“x”) y además un

bien inmaterial (que denominaremos “u”) y, a su vez, B da a A otros dos tipos de bienes, el uno material (designado por “y”) y el otro inmaterial (denotado por “v”).

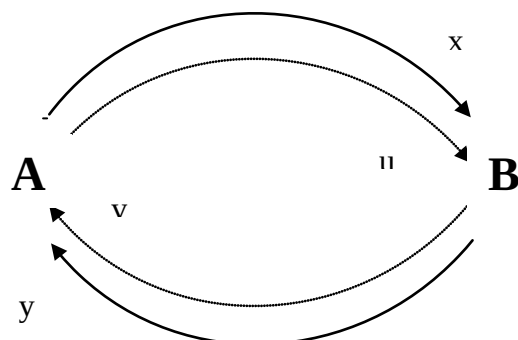


Figura 2. El intercambio Completo

Podemos concebir que existe este doble flujo de bienes pues así Séneca lo da a entender (en *De los beneficios*, Lib. IV; XIII) al decir que “Útil es el comerciante a las ciudades, el médico a los enfermos, el mercader de esclavos a los que se venden; pero como todos éstos sirven a la comodidad ajena para conseguir la propia, no merecen la gratitud de aquellos a quienes aprovechan.”³⁴ Y, más adelante (en el Lib. VI; XIV), sigue diciendo:

Fulano me vende trigo; no puedo vivir sin comprarlo, pero no le debo la vida porque lo compré. Ni hago cuenta de lo necesario que me fue, pues sin el trigo no iba yo a vivir, sino de la escasa gratitud que merece, porque yo no tuviera si no le hubiera comprado. Al traerlo aquí no pensó el comerciante cuánto sería el socorro que yo de ello recibiría, sino cuánta sería su ganancia. Lo que compré no lo debo.”³⁵

No obstante, aunque el móvil principal del comerciante sea su propio interés, su propia ganancia, es posible que algunos actúen con mejor buena voluntad y, entre sus intenciones, también tengan el propósito de proporcionar un bienestar a su clientela (bien inmaterial, al igual que la calidad de vida que ellos ayudan a mantener) y que los clientes manifiesten al comerciante una cierta gratitud (otro bien inmaterial que proporciona satisfacción).

Más explícitamente pone de manifiesto Séneca este doble flujo simultáneo de bienes materiales e inmateriales al tratar las circunstancias en que se desenvuelven los preceptores y los médicos si, en lugar de limitarse a lo mínimo indispensable para ejercer su profesión, personalizan la atención a sus discípulos y a sus enfermos, poniendo más interés y cariño del necesario. Éste es el relato de Séneca (ib. Lib. VI; XVI) respecto al médico que

³⁴ Véase la nota 31.

³⁵ En todas estas frases puede entreverse el principio expuesto por Adam Smith (1776, p. 402) en su famosa metáfora de “la mano invisible”; la cual sucintamente viene a decir que actuando cada cual en su propio interés contribuye al de los demás (como si fuera guiado por una mano invisible para lograr esa finalidad del interés general sin habérselo él propuesto al actuar movido por su interés personal).

temió por mí, no por la pérdida de su reputación profesional; no se contentó con indicarme los remedios sino que me los aplicó él mismo; compartió el ansia con mis familiares más solícitos, sentado a la cabecera de mi cama y acudió siempre en los momentos de crisis; ninguno enojoso; oíame gemir con intranquilidad visible; entre la multitud de clientes que solicitaban su intervención, mis curas merecían atención preferente; atendió a los otros cuando mi salud se lo permitió; para con ése yo estoy obligado no como médico sino como amigo. El otro, el preceptor, a fuerza de insistir siempre en lo mismo, sufrió trabajo y cansancio; además de la lección destinada a todos, gota a gota fue destilando en mí ciertas nociones particulares; con sus exhortaciones animó mi buena índole, y ora con discretas alabanzas la espoleó, ora con oportunos avisos sacudió mi desidia; además, metiendo mano, como quien dice, sacó a la luz mi ingenio acurrucado y perezoso y no me sirvió sus conocimientos con calculada tacañería para que le necesitase más tiempo, sino que tuvo el inequívoco deseo, si pudiera, de infundírmelos todos de una vez; y soy ya un ingrato si no le colocare en un buen puesto entre mis más entrañables preferencias.”³⁶

Cuando se dan estas circunstancias, las de vender algo y entregar, además del bien objeto de la transacción, un bien inmaterial adicional, puede decirse, con Séneca (ib. Lib. VI; XV) “que hay cosas que valen más que el precio por que se compran.” Es decir, resulta que la suma $x + u > y$; aunque también el sujeto A, suponiendo que sea el vendedor, obtiene una satisfacción, transmitida por B a través de la percepción de su bienestar y agradecimiento, que aumenta lo que recibe en contraprestación hasta el monto de $y + v$. Pero, en principio, no hay datos que indiquen si $x + u$ es igual, mayor, o menor que $y + v$.

La donación.

Séneca emplea el término beneficio para referirse a esta faceta del intercambio, que es un caso particular del intercambio completo; se trata de un intercambio en el que no existe la entrega de un bien material por parte del donatario (B) al donante (A), según se ilustra en la Figura 3.

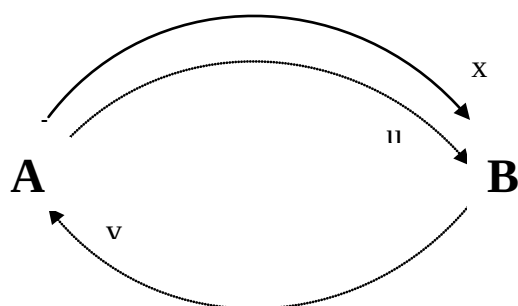


Figura 3.- La donación

³⁶ Los preceptores antiguos (tanto en Grecia como en Roma) adquirieron gran prestigio y estaban muy bien remunerados, según nos informa Adam Smith (1976, p. 129), quien estima incluso lo que podían ganar algunos de los grandes maestros griegos, alrededor de 1.000 minas, equivalentes a unas 3.333 libras en tiempos de Smith, lo que era una cantidad muy considerable.

Beneficio es, en la definición de Séneca (Lib. I; VI), “un acto de benevolencia, que causa placer y lo recibe, dándolo”; pero también es el bien donado. Séneca (Lib. II; XXXIV), añade que “el beneficio tanto es la acción benéfica como aquello que se da con aquella acción” y, más adelante (Lib. V; XI), que “es aquello que uno da no en interés propio, sino en interés de aquel a quien se da.”

Como ejemplos de beneficios, Séneca (*De los beneficios*, Lib. III; VIII) pone los siguientes: “la donación de una tierra cuya fertilidad puede dar holgado mantenimiento”; “un solo pan en tiempo de hambre”; “hacer entrega de comarcas por las que discurren aguas caudales capaces de navegación”; “mostrar una fuente al sediento que apenas puede alentar de puro seca la garganta”. También son beneficios (ib. Lib. III; XII): dar socorros; honores; consuelos; o bien (Lib. III; XXIII): salvar a uno la vida, o ayudarle a morir.

Séneca (*De los beneficios*, Lib. I; XI) clasifica los beneficios que se deben hacer en tres categorías atendiendo al orden de prioridad:

En la primera se encuentran los que son necesarios, que pueden ser de tres clases: A) Aquellos sin los cuales no se puede vivir, como librar a otros de los peligros inciertos y varios que acechan la vida humana. B) Aquellos sin los cuales no debemos vivir, porque sería preferible morir que vivir bajo determinadas condiciones, tales como la falta de libertad, de honor, etc. C) Aquellos sin los cuales no queremos vivir por afectar a nuestros seres más allegados, el cónyuge o los hijos.

En la segunda categoría están los que son provechosos por estar relacionados con la hacienda, el hogar y el progreso de quienes aspiran a cosas más elevadas.

A la tercera categoría pertenecen los que simplemente resultan agradables.

Aunque en la donación no existe la contraprestación material del donatario al donante, este hecho no significa que no hay algún tipo de equivalencia en este modo de intercambio, porque es preciso tener en cuenta que los bienes pueden ser materiales o inmateriales y que el valor es algo subjetivo, de forma que, siguiendo la apreciación de Séneca (en *De los beneficios*, Lib. VII; XV), se puede decir que “no siempre la equiparación de las cosas ha de ser numérica, porque tantas veces una cosa vale por dos; así un beneficio material es compensado por la fina voluntad y el vivo deseo de correspondencia.”

Para que exista una donación tiene que haber evidentemente dos partes (aunque una de ellas sea el Estado; como cuando éste concede subvenciones o subsidios); ambas partes son contempladas expresamente por Séneca al decir (ib. Lib. V; X): “El beneficio consiste en una útil prestación a otro; pues bien, la voz prestación hace referencia a una segunda persona.” Y también él sostiene (ib. Lib. V; XI) que es un intercambio: “El beneficio y el hacimiento de gracias implican forzosamente un intercambio, y este trueque no puede verificarse dentro de un hombre mismo.”

Séneca considera que en la donación no existe la contraprestación de un bien material por parte del donatario, aunque si hay intercambio de bienes inmateriales, ya que dice (ib. Lib. II; XXXI):

El que otorga un beneficio ¿qué se propone? Rendir un servicio y complacer a aquel a quien lo rinde. Si consiguió lo que quiso, si me llegó al alma su intención y la afectó de un gozo mutuo, ya obtuvo lo que deseaba. No quiso que nada se le devolviese en contraprestación.” [...] “Amor con amor se paga.”

Séneca reconoce (ib. Lib. III; XIV) que el derecho de gentes establece la devolución de lo que se debe. “Pero, en tratándose de beneficios, ninguna palabra hay tan afrentosa como: ¡Devuélvele! ¿Qué se ha de devolver? ¿La vida, si la debe? ¿La dignidad, la seguridad, la salud? Los mayores beneficios no pueden devolverse.”

No obstante, lo anterior no implica que el donante no reciba nada del donatario; recibe de éste un bien inmaterial, que es la íntima satisfacción de haber hecho un bien a alguien. El donatario se encarga de transmitírselo a través de algún procedimiento, indirectamente con su propia sensación de bienestar, o directamente con su agradecimiento.³⁷ Por consiguiente, en toda donación, en todo acto de benevolencia, existe un beneficio mutuo entre quien otorga y el que recibe, según opina Séneca (ib. Lib. II; XXII):

Cuando creyéremos deber aceptar algo, ha de ser con gozo y con gozo visible, bien manifestado al dador, para que recoja la recompensa inmediata; porque es motivo legítimo de satisfacción ver al amigo contento, y más legítimo haberle proporcionado alegría.

La donación debe estar regida por una norma, que Séneca llama (en *De los beneficios*, Lib. II; X) “la ley recíproca del beneficio”, a saber: “uno ha de olvidar inmediatamente lo que dio y el otro nunca lo que recibió.”

Desde luego hay una clara distinción entre la donación y el resto de los intercambios (además de lo ya mencionado), ya que en aquélla no existe plazo de vencimiento³⁸ ni, por tanto, obligación de devolver una contraprestación³⁹, ni se puede recurrir al juez⁴⁰.

12 EL DINERO Y EL INTERÉS

Séneca (a los efectos de su filosofía moral) desprecia las riquezas, y el dinero entre ellas, y, por eso, no ofrece ningún estudio, ni mucho menos una teoría, acerca del dinero y el interés. No obstante, hace algunas observaciones sobre estas dos instituciones.

³⁷ De la siguiente manera expresa Séneca estas ideas en *De los beneficios*:

Lib. II; XXXIII: Así también el primer fruto del beneficio es la satisfacción del espíritu que percibe aquel que hizo llegar su dádiva a donde quería;

Lib. VII; XIV: el bienhechor es bondadosísimo, que si te ve correr hacia él ansioso y solícito te dirá: Alivia tu pecho de este cuidado; acaba de atormentarte a ti mismo. Ya estoy pagado a satisfacción; me haces una ofensa si crees que yo deseo alguna otra cosa de ti. Con rebotante plenitud llegó a mí tu desbordada buena voluntad.

Lib. V; XI: El que se muestra reconocido, hace un bien a su vez a aquel de quien consiguió algo;

³⁸ De los beneficios, Lib. III; X.

³⁹ De los beneficios, Lib. II; XXI y Lib. IV; III.

Respecto al dinero, Séneca (*Epist. XCIV*, 7) opina que “el dinero no es un bien ni un mal”; los hombres son, por tanto, los que con su iniquidad lo convierten en un mal, ya que en la *Epist. XCV*,¹⁰ dice:

Desde que el dinero empezó a ser honrado, esa misma cosa que cautiva a tantos magistrados y a tantos jueces, que nombra a magistrados y jueces, cayó el verdadero honor, y, llegando a ser mercaderes y venales uno por uno, buscamos no qué es una cosa, sino su precio; por la recompensa somos benévolos, por la recompensa somos crueles y seguimos lo honesto, mientras en eso se encuentra alguna esperanza, [pero] a punto de pasar lo contrario si los crimenes nos prometen más.

En *De los beneficios*, Lib. V; XIV, Séneca nos refiere un temprano caso histórico de dinero signo usado por los lacedemonios. Su estado, de forma parecida a la época actual en que se imprimen billetes como dinero, acuñaba en cuero la moneda que empleaban en las transacciones.

Respecto al interés del dinero, y siguiendo a Aristóteles (*La Política*, Lib. I, Cap. III,23), opina Séneca (*De los beneficios*, Lib. VII; VIII) que es antinatural: “¿Qué es eso de préstamos, de vencimientos, de usuras, sino denominaciones de la codicia humana buscadas fuera de la naturaleza?”

También nos informa que en su época eran corrientes los préstamos a un 12% de interés, ¡mensual! De lo cual se queja, lo mismo que de otras instituciones (*ib.*, Lib. VII; VIII):

¿Qué son las tablillas, qué son las suputaciones, la venta del tiempo y aquel desollador doce por ciento mensual? Son calamidades voluntarias, hijas de nuestro estado social, que nada visible presentan a los ojos, nada que puede asirse ofrecen a las manos, delirios de una avaricia que se harta de viento.

Séneca nos confirma que los tipos de interés eran elevados, pues en la *Epist. CXVIII*, 2, menciona como excepcionalmente bajo un tipo de interés del 12% anual: “cuán inhumano es el usurero Cecilio, del que [ni] los parientes podían sacarle dinero con un interés inferior al doce por ciento anual.”

⁴⁰ *De los beneficios*, Lib. III; VII.

BIBLIOGRAFÍA

- BIBLIA: *Sagrada Biblia*; La Editorial Católica, S.A., Madrid, 1966.
- ARISTÓTELES: *La Política*; Editorial Iberia, S.A., Barcelona, 1967.
- CANTILLON, Richard (1755): *Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general*: versión en español por el Fondo de Cultura Económica, México, 1996.
- BOULDING, Kenneth (1973): *La economía del amor y el temor*: versión en español de Alianza Editorial, S.A., Madrid, 1976.
- GALBRAITH, John Kenneth (1958): *La sociedad opulenta*; versión en español, basada en la 2ª edición del original, por Editorial Planeta–De Agostini, S.A., Barcelona, 1992.
- JENOFONTE: *Económico*; versión bilingüe (griego y español) editada y traducida por Juan Gil, Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1967.
- JEVONS, William Stanley: *La Teoría de la Economía Política*; versión en español por Ediciones Pirámide, S.A., Madrid, 1998.
- KEYNES, John Mynard (1933): «Robert Malthus (1766-1834). El primer economista de Cambridge»; artículo incluido como Prólogo a la edición del *Primer ensayo sobre la población* de Robert Malthus por Ediciones Altaya, S.A., Barcelona, 1997.
- MANDEVILLE, Bertrand (1714): *La fábula de las abejas o los vicios privados hacen la prosperidad pública*; versión en español por el Fondo de Cultura Económica, México, 1982.
- MENGER, Carl (1871): *Principios de economía política*; versión en español por Ediciones Folio, Barcelona, 1996.
- MERCADO, Tomás (1569, 2ª ed. 1571): *Suma de tratos y contratos*, Editora Nacional, Madrid, 1975.
- PLATÓN: *La República*; Editorial Iberia, S.A., Barcelona, 1988.
- SÉNECA, Lucio Anneo: *De los beneficios*; en la edición de sus *Obras completas* por Aguilar, S.A. de Ediciones, Madrid, 1961.
- SÉNECA, Lucio Anneo: *Cartas a Lucilio*; Editorial Juventud, S.A., Barcelona, 1982.
- SMITH, Adam (1976): *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*; versión en español del Fondo de Cultura Económica, México, 1994.
- PETTY, William: *A Treatise of Taxes and Contributions*; Printed for N. Brooke, at the Angel in Cornhill, London, 1662.